

**Apodos, la reconstrucción de identidades. Estética del cuerpo, deseo, poder y psicología popular.** César Abilio Vergara Figueroa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1997.

### APODOS PARA ANTROPÓLOGOS

Algo que me sugirió la visita que acabo de hacer a la Feria del Libro de Antropología y otras disciplinas, anexas o conexas, que hay abajo<sup>1</sup>, es que tal vez los antropólogos tenían problemas con los nombres de los libros: me impresionó la cantidad de éstos que exigían un gran esfuerzo para saber cuál era su título, con letras muy pequeñas, como escondiéndose de la exhibición, de la comunicación. El libro de Abilio Vergara trata en parte de esto: de nombres, de apodos.

Pero afortunadamente este libro tiene una hermosa portada. No sé quién la hizo, pero hay que reconocerlo: es muy atractiva, con un pequeño defecto porque el subtítulo es difícil de leer, pero el título

está muy claro. Además, es un hallazgo la manera en que está formulada.

La reconstrucción de las identidades es uno de los ejes del libro, uno de los problemas que plantean los apodos, y que coloca en el núcleo de la discusión sobre las identidades, hoy tan viva en México y otras sociedades. Pero hay otros problemas planteados con singular agudeza y que también lo destacan en el conjunto de la producción que pudimos ver en dicha Feria.

Porque no se trabaja el tema de la identidad con un simple sentido celebratorio, sino con un interés muy vivo, muy intenso; no simplemente —como en muchos libros lo hacen el folklore y la antropología, las dos disciplinas principales que practica Abilio— subrayando, poniendo énfasis, complaciéndose en lo que las identidades presentan, y a veces exagerando esta complacencia hasta convertirlas en esencias ahistóricas. Yo diría que al contrario, el libro de Abilio Vergara es

---

1. Se refiere a la IX Feria del Libro Antropológico, organizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

un estudio de la inestabilidad social y significa cómo estudiar las identidades en una época de inestabilidad.

Pero hay algo más que es interesante recorrer, husmear en la trayectoria del libro. Quizá, como alguien que estuvo muy ligado a su producción en la materia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, tengo algunas antenas especiales para chismear un poco. Yo creo que algo que vemos es una pregunta que todo antropólogo se hace y que en las últimas dos décadas aparece de modo más explícito en la producción antropológica: qué hacer con la propia biografía del investigador. Cómo neutralizarla para ser objetivos, o utilizarla creativamente para imaginar nuevas perspectivas sobre las contradicciones sociales. De qué manera aparece esto en el libro, vamos a verlo un poco más adelante.

El tema es la identidad y las inestabilidades. Se volvió un lugar común en las ciencias sociales decir que las identidades son construidas. Es cierto que los fundamentalismos siguen teniendo un terco éxito en muchos pueblos, pero cada vez es más evidente que no hay esencias ahistóricas ni biológicas ni telúricas, que obliguen a la gente a ser de una sola manera. Las naciones y las etnias han sido imaginadas, como lo dijo Benedict Anderson en una frase ya tan repetida, y son reinventadas una y otra vez. Del mismo modo, las personas que recibimos nuestra identidad de la pertenencia a esas entidades colectivas, rehacemos tales condicionamientos. Los otros que sufren nuestra creatividad o nuestras manías juzgan y “consagran” nuestra diferencia imponiéndonos apodos.

El libro parte de una definición muy precisa del apodo:

“término, diferente al nombre propio, legalmente inválido, que un grupo social adscribe, informalmente, a determinado individuo por determinada(s) característica(s) singular(es) de su personalidad, aspecto físico, comportamiento y/o estatus social, constituyéndose en su identificador. Es importante subrayar que el apodo opera como un sustantivo que, además, califica a quien designa”.

Sin duda esto revela que el apodo puede ser un objeto legítimo de la antropología, más aún un objeto muy atractivo para los antropólogos que tenemos el hábito de no estudiar sólo lo legalmente válido, lo oficial, sino más bien la propensión a estudiar a la gente informal, los mercados, las personas y los nombres.

Sin embargo, estos juegos con las identidades no habían recibido en español, que yo sepa, un estudio minucioso y multicultural, armado en diálogo con los avances recientes de las ciencias sociales, como el que ahora tenemos oportunidad de leer. Con un manejo libre de las obras de Freud y Bergson, Bajtin y Duvignaud, y de avances cercanos de la antropología y la semiótica, Vergara explora las tensiones entre la identidad autoformulada y la identidad adjudicada. Como los nombres —que surgen de ocurrencias de los padres—, los apodos pueden nacer de la decisión casual de un amigo o un enemigo. Pero si el apodo tiene éxito es porque resulta particularmente acertado dentro de una red de relaciones, de distribuciones sociales de las identidades y de los títulos. Ya sean fijados con un objetivo condenatorio, correctivo o chistoso, los apodos revelan las clasificaciones con que los grupos organizan lo “normal” y lo excepcional.

¿Por qué elegir para la comparación a Huanta, una pequeña ciudad de la sierra

central-sur del Perú, y Tepoztlán, el pueblo de Morelos, en México, ya estudiado por antropólogos prominentes? Como suele ocurrir en estos casos, hay motivaciones en la biografía del investigador: primero, el deseo de hacer su posgrado en México, y luego, la violencia peruana, acabaron convirtiendo a un folklorista andino en un innovador de la antropología mesoamericana. Pero lo fundamental es lo que el viajero supo descubrir en estas dos poblaciones con largas historias campesinas y de conflictos étnicos, con un notable dinamismo mercantil, lugares de atracción de migrantes y de expulsión de desempleados.

Creo que esta relación de los apodos con las migraciones, con el transterramiento, es algo que debe ser especialmente señalado. Sin duda los apodos han existido en las sociedades premodernas y en las sociedades modernas, aun antes de que surgieran las migraciones masivas; pero las migraciones que han acentuado las incertidumbres de las identidades han favorecido la creatividad con los apodos. Entre las recepciones y las despedidas, las identidades inestables son propicias para ironizar, inventar nombres que estigmatizan la diferencia o la aceptan con sarcasmo a fin de encontrarle un lugar en el orden social.

Pese a ser casi siempre recursos para restaurar lo establecido y sancionar a los indisciplinados —y en rigor por eso mismo—, los apodos ponen de manifiesto cómo va modificándose una sociedad. Por ejemplo, cómo se vinculan en distintas épocas las tradiciones locales con la cultura masiva transnacional: *Charles Atlas* quedó desde hace décadas para designar a un escualido, y más recientemente *Pitufo* es

aplicado a alguien de baja estatura. Los coches lujosos, nos dice el autor, traídos por los tepoztecos que vuelven de los Estados Unidos, son llamados *caracoles*, porque dentro llevan un baboso.

Hechos con bromas sobre el cuerpo, el deseo y el poder, los apodos condensan la valoración machista de la virilidad y la consiguiente discriminación de la mujer. En otros casos, sentencian de qué modo deben considerarse el trabajo, el ocio y transgresiones como el alcoholismo. Se le llama a alguien *Corcholata* porque “cuando no está en las botellas está tirado en el suelo”. Lo que sucede cara a cara o lo que se dice por detrás, no son únicamente modos de nombrar a los otros, sino de hablar de la otredad.

Un hecho muy interesante que surge de este registro muy amplio que hace el autor, 275 de Tepoztlán y 284 de Huanta, es la enorme dispersión de los apodos; cómo dos poblaciones relativamente pequeñas han logrado manejar tal variedad de nombres inventados para sumarlos a los que las personas ya tenían. Esta disposición nos habla de la variedad de las situaciones familiares, barriales y pueblerinas que puede haber en una pequeña ciudad o incluso en un pueblo campesino, y que pone en relieve las dificultades que plantea organizar el análisis de estos fenómenos. En tal sentido, este trabajo puede ser apreciado como ejemplar respecto a los desafíos que a menudo impone abarcar una multiplicidad que cuesta pensar con un solo universo identitario. Pero, hay que decirlo, la perspectiva de Abilio dinamiza estos comportamientos, al mostrarlos como parte de procesos de transformación dentro de las interacciones sociales en movimiento.

Todo migrante es un poco antropólogo. Alguien que puede llegar a insertarse, y en cierto modo a pertenecer, pero sabe mirar desde afuera: la sociedad a la que se incorporó y aquella de la que tuvo que desprenderse y ya no le es tan “natural”. A la inversa, diría que todo antropólogo debe saber de viajes y desarraigados. Necesita preocuparse por conocer de qué modo las gentes, debajo de los nombres, llevan apodos: ni las personas ni las cosas se

llaman como dicen. El folklorista, que en realidad es antropólogo peruano-mexicano, el que está tratando de pensar juntas aquí las dos mayores culturas precolombinas, y lo que les fue ocurriendo con los tiempos, nos entrega una indagación sobre las maneras cotidianas, coloquiales, con que nos nombramos, que permite esperar otras reflexiones de fondo sobre los que somos... y sobre cómo dicen que somos.

*(Néstor García Canclini)*

---

**Máscara, transformación e identidad en los Andes.** Gisella Cánepa Koch, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, Lima, 1998. 349 pp. Ilustraciones.

Este es un libro rico como el tema que trata: una compleja fiesta patronal, la Virgen del Carmen de Paucartambo. De la organización y preparativos, intereses, explicaciones nativas, relatos, de sus danzas y magníficas máscaras. El barroco existe, es una marca de nuestro ser nacional. Y la fiesta que describe e interpreta la autora, lo es; una fiesta abigarrada, plena de significaciones que se sugieren, que tácitas se contradicen, superponen y anulan.

Los de Paucartambo se afirman mestizos. ¿Pero, qué quiere decir? O mejor, ¿qué cosas no querrán expresar con esa afirmación? Querrán decir que son duales, que tienen de dos opuestos, de dos vertientes, la española y la indígena. También que son el centro de los opuestos. Porque Paucartambo es el centro del mundo, al menos, los días de la fiesta de

la Virgen. La fiesta sugiere mucho más.

La Virgen era Colla —es decir, del Collao, pero también, que es de arriba. Luego fue de Paucartambo— que por oposición es de abajo, quechua, también Anti.

La fiesta revive el drama: los chunchos se roban a quien representa la Virgen en manos de los collas, la Imilla. Vencen, matan, a los collas.

Los collas y los chunchos no sólo representan dos espacios, dos territorios. Son también dos edades, dos épocas de la vida, dos estados vitales: por un lado, la juventud, que salvaje, pobre, asciende y conquista a la mujer, la riqueza, el centro del mundo; y por otro, la plenitud de la vida, que rica, poseedora de la mujer, ha de caer vencida por ese salvaje que se adueña del pueblo. Es un drama que se repite en cada generación, en cada vida;

también en la literatura andina de todos los tiempos: baste recordar al pobre Ollantay, un Anti que vive enamorado de una estrella feliz y que al final será como un inca; también a Huatyacuri, que emerge del mundo de abajo para encontrar mujer y derrotar el rico mundo de arriba. Un drama que se renueva; de ahí su vigor y persistencia literaria y ritual.

La Virgen, codiciada por el salvaje; poseída por el rico. Porque quien tiene mujer es rico frente al que no la tiene. Y en la fiesta, la Virgen está plena, cargada de frutos, pues acaba de terminar la cosecha grande en Paucartambo. Ella está entre dos opuestos, como lo está la hija del rico y enfermo Tamtañamca, que ha de morir, ella, que es o será, también, la mujer del pobre Huatyacuri. La mujer, su posesión, decide si somos salvajes, si somos desconocidos, de tierras salvajes, bajas; o si somos ricos y de arriba. Es de esperar que cada quien sea primero un chuncho y luego arrebate, gane, una virgen y así ascienda a la plenitud de la vida.

Paucartambo es el escenario de ese drama humano y divino, también espacial y lúdico, de muerte y de vida. Es el centro del mundo, donde se encuentran lo español y lo indio, los chunchos y los collas; los padres y los pretendientes, los que nacen y los que mueren, los jueces y los presos, los ciudadanos y los labradores, los negros y los demonios. Es la representación del matrimonio, de múltiple y sutiles significados, reactualizado por la Virgen y los actores del universo que se encuentran en ese Cuzco.

La Virgen era española y residía en la selva. Los chunchos le hicieron perder la cabeza, o más bien el cuerpo. Los paucartambinos tuvieron que reconstruir-

le uno nuevo. O era española, luego colla para terminar en Paucartambo. Los collas vienen a reclamar lo suyo; pero los chunchos los matan. Y la Virgen se queda donde siempre debe estar, en el centro; junto a los siempre jóvenes, a los chunchos que en Paucartambo se civilizan; en aquel Cuzco donde en la fiesta se renueva el cambio de mano.

La Virgen del Carmen es española frente a la del Rosario que es india. Madre de Jesús y Tierra pródiga que acaba de parir y que se va a fertilizar. Es única pero tiene varias hermanas.

Paucartambo es Anti, chuncha, frente al Collao y a los collas. Y al mismo tiempo no es un espacio, es el centro del mundo, donde se encuentran los contrarios, los de arriba y los de abajo, los que ganarán y los que han de ser vencidos. Hacia el templo convergen las comparsas desde las cuatro confines del mundo: de un lado, los comerciantes, los chunchos, las enfermedades; por otro, los demonios y sus animales, los jueces y las parejas sin casar; de otro punto, los toreros, los soldados chilenos, los collas, los negros, los guerreros incas; y de una cuarta, la contradanza que es a la vez urbana, campesina y española. Los mozos sin pareja no tienen ubicación, son el desorden. El universo se juega en Paucartambo.

La relación entre el actor y su papel es compleja. En la comparsa y con máscara son personajes. En otros momentos, sin la máscara, personas. Los que hacen de buhoneros eran hacendados; los que representan a los labradores sin pareja son ciudadanos. Y todos pertenecen y no al pueblo.

Cada conjunto tiene su máscara, pero al interior de la cuadrilla las hay distintas

para señalar orden y jerarquía. Las de malla de metal tienen más prestigio que las de tela y de yeso. Predominan los ojos azules y la tez rosada. Ser blanco en un contexto ritual andino, no puede ser tomado al pie de la letra o quedarse en la superficie. Blancos son los rostros de la mayoría de los santos y vírgenes serranos, no sólo por algún perverso recurso colonialista, sino porque ellos son divinos, distintos a los humanos, que somos más bien oscuros. Pero, en fin, es un juego en que todo es reversible y nada unívoco.

La fiesta, como la vida, es polisémica. La de Paucartambo es un bello ejemplo. Por ser rito y por ser barroca; se presta entonces, a múltiples comprensiones, a vivencias e inteligencias distintas. La fiesta del Carmen no significa una cosa con exclusión de otras. Reducirla a una sola lectura sería una traición o una caricatura. Y Gisela Cánepa no es una traidora. Sus minuciosas descripciones y sugerentes comentarios, lo demuestran. Es un libro digno de la Virgen del Carmen y del universo que la tienta, la pierde y la ama.

*(Alejandro Ortiz Rescaniere)*

---

**Máscara, transformación e identidad en los Andes.** Gisela Cánepa Koch. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 349 páginas, Lima, 1998

#### APROPIÁNDOSE DEL "OTRO" PARA CONSTRUIR EL "YO"

¿Puede una fiesta andina ser vehículo de la identidad de un grupo humano? ¿Es en la fiesta el lugar en donde se evidencian las contradicciones que han convivido a lo largo del año entre sus participantes? ¿Propone la fiesta un dibujo de las relaciones entre quienes se consideran parte de ella y a los que éstos consideran "foráneos"?

Gisela Cánepa Koch nos presenta un trabajo en donde la rigurosa etnografía de la fiesta de la Virgen del Carmen en Paucartambo es sólo el punto de partida para una reflexión acerca de la función ritual de la máscara, el discurso sobre el que se construye la identidad mestiza en

Paucartambo y la relación de ésta con las identidades foráneas.

El libro presenta una estructura circular que se abre con una reflexión teórica sobre la función que ha cumplido la máscara en occidente, nos centra en el aspecto ritual de la misma y nos ilustra acerca del proceso por el cual la máscara nos devuelve a un nuevo personaje, distinto al individuo que la porta. Es aquí donde la máscara cumple la doble funcionalidad que el ritual le confiere, encubrir y mostrar al mismo tiempo. La autora, entonces, nos llevará a Paucartambo y a través de la fiesta intentará demostrarnos cómo esta doble funcionalidad de la máscara se resuelve como un vehículo de identidad.

Esta primera parte del libro es la que exige mayor atención del lector pues nos

encontramos con un variado marco teórico complementado por la reflexión de la autora, quien cita, cuestiona y vincula las reflexiones académicas referidas a la máscara y el ritual. Nos parece importante en este aspecto la labor creativa de Cánepa en el sentido de elaborar una teoría adecuada a sus fines y al contexto en el que pretende centrarse y no superponiendo categorías teóricas tradicionales sobre una realidad local.

Con la teoría como equipaje marchamos en los siguientes capítulos hacia Paucartambo, capital de la provincia del mismo nombre en el Cuzco. El contexto es planteado en su dimensión geográfica y social, centrando la atención del lector en la dialéctica entre la población denominada mestiza y la población campesina del lugar, ambas identidades fruto de una construcción histórica y reforzadas en su conflicto por el discurso mítico.

Es aquí en donde conocemos a Paucartambo no sólo desde una perspectiva externa sino que exploramos la mentalidad de sus pobladores a través del propio testimonio, del análisis de los mitos acerca de la llegada de la imagen de la Virgen al pueblo y de la disposición y el significado de las trece comparsas que participan en la fiesta. La fiesta, entonces, nos abre un abanico de posibilidades para el análisis social.

Es con la descripción de la fiesta y el análisis de la autora que entendemos el papel de la Virgen del Carmen como elemento integrador que descubre la identidad mestiza paucartambina frente a la Virgen del Rosario, contraparte destinada a la definición del sector indígena concebido como un opuesto.

Pero nunca definir una identidad ha sido sencillo, pues ésta se presenta en varios aspectos distintos de la vida huma-

na. Al interior de la fiesta, las identidades se definen y redefinen valiéndose de la oposición de grupos, del grado de compromiso con la fiesta, del tipo de danza, de la calidad del cargo, de la relación personal con la Virgen, que en la fiesta distribuye su poder ritual.

La Fiesta de la Virgen del Carmen se presenta así, como un ritual que cohesiona al grupo a través de la danza y los cargos, y al mismo tiempo diferencia a sus participantes de acuerdo a la comparsa a la que pertenecen o a la cantidad invertida en la fiesta.

Desde los momentos previos a la fiesta hasta el final de la “guerrilla ritual” al interior de la misma, nos encontramos con todo un proceso en el que el “otro” para los paucartambinos es constantemente representado y diferenciado, estereotipado y aludido, integrado y enfrentado en una danza de símbolos en torno al eje que significa la fiesta y la Virgen.

La máscara, como un recurso para lograr la constitución de la identidad a través de la apropiación del “otro”, es protagonista ritual que transforma, representa y en todo momento busca afirmar la identidad mestiza de sus portadores.

Gracias a la autora, la fiesta para nosotros nunca termina, pues las implicancias que en ella se evidencian se proyectan a todo el año al interior de la vida de los paucartambinos y sus allegados. Queda sí, la promesa de la autora de entregarnos un libro acerca de la celebración realizada anualmente en Lima, en donde el universo se recrea transformándose y nuevos problemas entran en debate.

La invitación a la lectura del libro está hecha.

*(Alex Huerta-Mercado)*

